



“Una imagen de nuestra posibilidad”

Conferencia pronunciada por el Lic. Alexis Pestano Fernández en el IX Seminario Internacional del Programa de Diálogo con Cuba (Universidad Católica de Eichstätt, Alemania, 18 al 22 de noviembre).

INTRODUCCIÓN.

En su discurso en el encuentro con el mundo de la cultura, pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 23 de enero de 1998, el papa Juan Pablo II expresó:

“La cultura es aquella forma peculiar con la que los hombres expresan y desarrollan sus relaciones con la creación, entre ellos mismos y con Dios, formando el conjunto de valores que caracterizan a un pueblo y los rasgos que lo definen. Así entendida, la cultura tiene una importancia fundamental para la vida de las naciones y para el cultivo de los valores humanos más auténticos. La Iglesia, que acompaña al hombre en su camino, que se abre a la vida social, que busca los espacios para su acción evangelizadora, se acerca, con su palabra y su acción, a la cultura”.

Estas palabras introducen con claridad el tema que nos ocupa: los desafíos de la Iglesia Católica en Cuba en el terreno de la cultura. En ellas se expresan dos dimensiones fundamentales de la cultura: la referida al desarrollo de la persona humana en tanto tal, y la relacionada con los vínculos interpersonales constitutivos de la organización social. La cultura deviene, por tanto, la imagen que el hombre crea de sí mismo y de sus posibilidades relacionales. La Iglesia en Cuba está llamada a identificar e iluminar nuestra imagen nacional.

I. PRIMER DESAFÍO: LA CULTURA COMO CULTIVO DE LOS CUBANOS.

La más antigua de las dimensiones de lo cultural está asociada al cultivo del espíritu humano, al esfuerzo por fecundarlo y hacer brotar de él los frutos contenidos en sus múltiples potencialidades. Se trata, en términos generales, de la promoción de la persona humana en sus diferentes expresiones. Es este, por tanto, el primer campo abierto para la labor de la Iglesia en el terreno de la cultura, en tanto es capaz de proponer una antropología superior que rescate a lo humano de toda forma de instrumentalización, sostenida en una base institucional para implementar acciones concretas a tal efecto.

Entre las consecuencias más impactantes de la transformación cultural ocurrida en nuestra época, con el surgimiento de esa profunda crisis conceptual y del pensamiento que en un afán desesperado por inventarse una legitimidad se ha autoconcebido como *postmodernismo*, ha sido precisamente la relativización absoluta en todos los órdenes de la vida y de la existencia, así como la voluntad suicida de abandonar todo principio rector, todo paradigma. Como si de una perversa ironía se tratase, lo que comenzó como un intento de autoafirmar lo humano, de búsqueda de significados verdaderos a la existencia humana perdidos en una Razón arrogante y esencialmente fría, algorítmica y autosuficiente, incapaz de colmar, como mostró más adelante, las expectativas de felicidad y progreso existencial que había creado; terminó en una crisis total de esos significados buscados, en una pérdida axiológica que ha dejado a la humanidad en el estado lamentable de desarraigo esquizofrénico en el que ni siquiera “todo vale”, pues esto implicaría un juicio valorativo con un cierto compromiso intelectual que resulta demasiado para nuestro *carpe diem* más absoluto. En estas circunstancias, es urgente la necesidad de mostrar la viabilidad y la vitalidad de la visión cristiana sobre el ser humano a partir de la esencia humana, de erigir una alternativa racional al superficial y débil consenso contemporáneo.

Si la exigencia de promover una mirada más elevada de la persona humana, que reconozca su valor intrínseco, su centralidad y su condición de fin en sí misma y nunca de medio, es una urgencia para la Iglesia universal, este principio es particularmente importante en las condiciones cubanas. La historia nacional ha estado signada por contradicciones ideológicas, por exclusiones e intolerancias que han oscurecido en gran manera la propia tradición de pensamiento sobre las amplias posibilidades de Cuba. La única salida posible del laberinto ideológico en el que se ha adentrado por largo tiempo la Isla, así como la única forma de atender sus previsibles consecuencias, comienza por un reconocimiento de la superioridad de la persona, de cada cubano, ante toda forma de proyección ideológica. La Iglesia, con la única y desbordante riqueza de la Palabra de Dios para todo hombre y mujer, en todo tiempo y lugar, tiene una importante responsabilidad en este aspecto.

a) Promoción de una nueva antropología.

Ante todo, la Iglesia tiene el reto de proponer las bases para una nueva antropología en Cuba, que llene el importante vacío dejado por las ideologías insulares.

Primero, por el marxismo, que adolece de una antropología en sentido estricto al negar la objetividad de la esencia humana. En efecto, considerar que ésta se expresa en las relaciones sociales de producción establecidas por los individuos en un modo de producción históricamente determinado, implica admitir la contingencia de lo humano, sujeto al cambio de la Historia. Lo humano solamente existe como elemento constituyente de estructuras en constante transformación, que lo trascienden y aplastan, en medio de las cuales se diluye y fuera de las cuales desaparece. Por otra parte, si la Historia se rige por regularidades ineludibles, la libertad humana pierde total sentido ante un determinismo implacable. Por tanto, sin una esencia identificable, idéntica a sí misma y permanente, sin libertad frente a la Historia, lo humano es despojado en el marxismo (en una clara herencia hegeliana) de una realidad ontológica, deja de ser. En consecuencia, como nada puede ser predicado de lo que no es, resulta

imposible un verdadero discurso sobre la condición humana, una antropología.

No es difícil comprender las implicaciones prácticas de esta concepción. Es imposible admitir la intangibilidad de lo que no existe en sí mismo y es alterado de manera constante, sin atributos estables y reconocibles. Si al mismo tiempo toda verdad, (entre ellas la verdad sobre el ser humano) es un resultado consensual, variable, clasista e históricamente determinado; si, en definitiva, la praxis es el criterio de la Verdad, y la ideología es normativa de la praxis, entonces la ideología regente en un momento de la historia es la Verdad misma. De tal manera, en el sistema así cerrado de la ideología ningún derecho es admisible *per se* si no está en función de la "verdad" ideológica y desaparecen, por tanto, los fundamentos filosóficos profundos para sostener una doctrina de derechos humanos universales.

Estos presupuestos fueron implementados en Cuba tras la oficialización del marxismo en la versión soviética (leninista y stalinista), más dogmática y cerrada, a partir de la década del 60 del pasado siglo. Con obvias variaciones tras las transformaciones estructurales y conceptuales promovidas en el reajuste determinado por la caída del campo socialista de Europa Oriental y la URSS, el marxismo se mantiene como eje del discurso ideológico y sigue condicionando la carencia antropológica en la legislación nacional. Baste recordar, por sólo mencionar un ejemplo, que la Constitución cubana, promulgada en 1976 y reformada en 1992, condiciona el ejercicio de los derechos individuales a "los fines de la sociedad socialista", lo que expresa con claridad el sometimiento de la persona humana a la ideología.

Segundo, por la propia ideología nacionalista cubana, subordinada oficialmente al marxismo en los momentos en que Cuba se insertó en la pugna ideológica de la Guerra Fría, pero reivindicada, también oficialmente, tras el fracaso del "socialismo real". De manera muy significativa, en la década de 1990 comenzó un proceso de desideologización del concepto de Revolución que conduciría a la más reciente, y ampliamente conocida en Cuba, definición de principios éticos, no ideológicos, del año 2000.

La crisis del socialismo en Europa del Este y la URSS no sólo tuvo para Cuba implicaciones socioeconómicas. La pérdida del referente identitario supranacional aportado por la concepción marxista del internacionalismo proletario, se expresó al interior del país mediante un reajuste del capital simbólico de la Revolución Cubana. El hecho de considerar que los fines y objetivos de la clase obrera trascendían las fronteras nacionales, ya que el móvil de la historia lo constituía la lucha de clases, así como las pretensiones globalizantes de la teoría marxista de la revolución social, conducían a subordinar lo nacional a intereses superiores. La caída abrupta del proyecto socialista mundial y la consiguiente ruptura con tales intereses superiores llevó a un proceso de introspección en el ideal revolucionario cubano en el que se profundizó en la herencia histórica como principal elemento legitimador de la Revolución. La llegada del poder revolucionario en 1959 se entendía ahora, según se ha visto, como la consecución de un anhelo latente a lo largo del devenir histórico cubano, como el cumplimiento de un destino inexorable, teleológico.

Las manifestaciones de este proceso fueron múltiples y una de las principales estuvo en el intento oficial de reconciliación con el pasado, especialmente con el que había sido largamente proscrito. El proyecto revolucionario iniciaba con el llamado Período Especial una profunda rectificación de su lugar en la historia nacional. Esta amplia revisión desde sus vértices económico, social y político-ideológico ha constituido el principal momento de reajustes y redefiniciones, donde se ha intentado distinguir lo realmente autóctono, lo propio, lo que está en relación con la tradición cívica, social y política cubana, de lo importado de experiencias ajenas y desacertadas.

Sin dudas, uno de los elementos centrales de esa tradición nacional se encuentra en la obra de José Martí, quien de cierta manera sintetiza los aportes del singular pensamiento ilustrado cubano.

La obra martiana ha sido comprendida y aprehendida generalmente en dos dimensiones fundamentales, la del pensamiento filosófico, artístico-literario y la política. En el primer caso, Martí se inscribe entre los exponentes fundamentales del modernismo americano, así como deviene representante y defensor conspicuo de la actividad e independencia intelectual latinoamericana, especialmente mediante la ruptura de valores tradicionales y la innovación. Por otra parte, su concepción política ha contado con el mayor peso de los análisis, tanto en el sentido estrecho y limitado del término, entendida como praxis transformadora de la realidad para la consecución de fines históricos, entre ellos la emancipación nacional (labor organizativa, conspiradora, liderazgo, etc.), como en el sentido amplio y clásico de la *polis*, concepción totalizadora y armónica de la relación entre el Estado, el individuo y la sociedad, proyección ideal y utópica del hecho civil y ciudadano para la cual la independencia sería el indispensable punto de partida.

El pensamiento de José Martí ha constituido un referente fundamental para la definición de la cubanidad desde el instante en que su obra fue conocida. El proceso de aprehensión martiana en el alma nacional ha representado el aporte de un paradigma normativo, una guía axiológica de un deber ser para el hecho cubano, que ha devenido patrón de juicio obligatorio para la realidad y recordatorio perenne a un presente de un futuro que aguarda y que se está obligado a edificar. Así, la Cuba real es interpelada, a través de Martí, por la Cuba soñada, tanto en la sociedad como en la economía y la política. Martí significaría entonces la revelación encarnada de un destino, de una teleología, la luz que indicaría el rumbo nacional definitivo.

Sin embargo, pienso que el proyecto martiano presenta en realidad mayor profundidad. Más que proponer un programa político o definir una realidad nacional, entendida en cuanto a la relación entre Pueblo, Estado e Historia, Martí intenta recrear, refundir el centro mismo sin el cual los conceptos anteriores carecen de significado: el ser humano. La inmensa mayoría de los acercamientos a la obra martiana ha soslayado la esencia fundamental de la proyección martiana, su antropología. Concibió una Cuba liberada de la opresión y el odio, pero esto sólo sería posible como resultado de liberar al cubano de todo lo que le impedía expresarse en forma verdaderamente humana, elevado del egoísmo y la indiferencia.

El proyecto martiano se presenta entonces mucho más profundo y abarcador que una simple renovación filosófica o un cambio de la realidad histórica; su núcleo consiste en elevar al hombre desde la oscuridad y la ignorancia hacia

la luz y el saber, no sólo intelectualmente, sino a través de la transformación de una falsa axiología de egoísmo individualista en una deontología de la responsabilidad y la compasión. Su llamado principal se encuentra en una antropología de la salvación humana por la entrega y el sacrificio. La clave de su mensaje es la redención.

En efecto, la esencia del proyecto antropológico martiano consiste en un proyecto de redención humana, lo que a su vez implica renovar las estructuras, sociales y políticas por él creadas; estructurado en tres ejes fundamentales, el valor redentor de la muerte y el sacrificio por los ideales a que se aspira, la vida como consagración a la verdad esencial del ser humano: el bien y la justicia y la libertad. El fondo del pensamiento de José Martí es emancipatorio, de la liberación del hombre provendría, por natural continuidad, la liberación de la Patria.

Con Martí el nacionalismo cubano tiene entonces una antropología, pero vinculada necesariamente a la realización de una idea política específica: la Nación. La vida sólo encuentra sentido si se emplea en el servicio del bien, la justicia y la libertad, pero entendidos de una única manera. Al identificar su verdad política con la Verdad política de toda la Nación, la generosa entrega de la vida se convierte en una exigencia ideológica, se instrumentaliza y atenta contra la dignidad de la persona. Por ende, la propia tradición nacional cubana, a pesar de sus importantes aportes, no logró vertebrar una antropología coherente y satisfactoria.

Por lo tanto, si ninguna de las líneas ideológicas (ni la fusión entre las mismas) que han regido los destinos de Cuba a lo largo de su historia ha propuesto una imagen integral de la persona humana, como fin último de toda la obra política y de toda sociedad, respetuosa de su dignidad inalienable y por encima de toda otra consideración; y si se puede esperar una ausencia casi absoluta de una inquietud antropológica en el futuro nacional marcado por el desencanto de las ideologías y la entrada masiva e ilimitada de la posmodernidad, queda claro el ingente desafío que implica encontrar un nuevo consenso ético sobre tan importante tema. La Iglesia no debe desatender este reto, sino asumirlo como propio.

Pero, ¿qué puede hacer la Iglesia en este aspecto en las actuales condiciones del país? Primero que todo, la fidelidad a su propia y específica misión: la Evangelización, proclamar por todos los medios posibles la Buena Nueva de Jesucristo a todos y a toda la sociedad. Ciertamente, en el mensaje de un Dios que por un acto absolutamente libre y gratuito de amor, por una locura de amor, ha decidido compartir la historia humana, hacerse uno de nosotros y acercarnos a Él en asombroso intercambio; tiene la Iglesia su principal contribución. La Encarnación ha exaltado en grado sumo aquella dignidad consustancial del ser humano proveniente de la *imago Dei*, la imagen de Dios grabada en su alma. Pero si aceptamos que Dios se hizo hombre, y mora en la persona por su Santo Espíritu, esa persona es además un tabernáculo divino. En todo caso cada persona es sagrada en su integridad por ser criatura de Dios. Debe la Iglesia entonces anunciar a tiempo y destiempo esta gloriosa enseñanza, recordarla a las comunidades eclesiales y a todas las personas de buena voluntad. En la misma medida en que las comunidades cristianas lo sean más verdaderamente, y testimonien el amor y el respeto, la Palabra divina resonará con más fuerza y el mensaje de la Iglesia será más creíble. Urge entonces una conversión constante de los católicos que muestre que la vida en Jesús se ensancha, crece y no se limita, y que sólo en Dios se halla la plenitud de la persona humana.

En un segundo momento, la Iglesia en Cuba necesita ofrecer este mensaje de manera inteligible en el diálogo intelectual de la nación, para lo que se impone sistematizar en un *corpus* filosófico y teológico orgánico y coherente, ajustado a las peculiaridades cubanas, la propuesta antropológica cristiana. De esta forma, los principios generales que esta sustenta, explicados en el lenguaje de las ciencias sociales, argumentados de manera racional, pueden ser más fácilmente comprendidos y aceptados (o en todo caso, escuchados) por la comunidad intelectual que podría encontrar obstáculos en recepcionar los mismos principios si los entendiera únicamente como afirmaciones religiosas. Se manifiesta aquí la peculiaridad de la fe cristiana derivada de la misma Encarnación y reconocida en la convicción de la doble naturaleza de Cristo: lo humano y lo divino se integran sin confusión ni mezcla, pero indisolublemente unidos. No se debe temer, por tanto, que los artículos de fe puedan ser reducidos al ser presentados de manera diferente en una antropología de alcance secular: como Dios ha entrado en la Historia y la Materia, no hay ya un abismo entre lo sagrado y lo profano para el cristianismo.

Una propuesta antropológica de fundamento cristiano contribuiría al enriquecimiento de las ciencias sociales y las humanidades en general en el país. Presentada con rigor científico, podría suplir el amplio vacío existente en la Academia cubana sobre el tema. No se trataría, por supuesto, de importar sin más los estudios y resultados obtenidos en otras latitudes, sería necesario elaborar un cuerpo de ideas autóctono que incorpore, como es obvio, los estudios precedentes, nacionales y foráneos, y que exprese en propuestas éticas prácticas lo que hasta ahora en el país se mueve en ámbitos de elite intelectual. Una antropología cristiana y cubana requeriría el conocimiento profundo de las visiones sobre el ser humano y la sociedad de las poblaciones originarias antes del inicio de la colonización española, las concepciones venidas de África a lo largo de siglos de esclavitud, y la manera en que todos estos componentes principales, y otros de menor aporte, se integraron y en qué medida lo hicieron con la fe católica traída por los europeos y con la misma civilización hispánica por ellos representada, al tiempo que estudiaría con atención los acercamientos del pensamiento cubano al tema a lo largo de nuestra historia. El objetivo final estaría en identificar nuestra propia vía de vernos a nosotros mismos como cubanos, en sanar grietas artificiales y re-unir falsas desuniones. No es por tanto un mero antojo intelectual, sino urgencia ética, compleja, pero realizable.

Para tales fines se necesitaría la creación de un claustro especializado, preferiblemente formado por nacionales, pero que en una etapa inicial preparatoria podría contar con especialistas extranjeros. La formación intraeclesial en estas materias debería incluir tanto al clero como al laicado, con disciplinas específicas en el currículum de los estudios teológicos y con cursos de extensión progresiva mediante programas creados al efecto, respectivamente. Un reto importante en este aspecto está en el soporte material e institucional para dichos estudios. Sin embargo, dos instituciones eclesiales en Cuba, el Centro de Bioética Juan Pablo II y el Instituto de Ciencias Religiosas Félix Varela presentan ya resultados de importancia en materias afines, y son un punto de partida imprescindible, aunque

se debería aspirar a la creación de una institución específica.

La metodología obtenida, cuando sus líneas principales estén definidas, podría presentarse a la comunidad académica mediante una publicación especializada, lo que serviría además como catalizador de nuevas contribuciones. Este sería el paso fundamental para el diálogo científico dentro del país, lo que se fortalecería con la organización de espacios de discusión amplios y abiertos, en los que participen los investigadores de instituciones estatales como el Instituto de Antropología y la Fundación Fernando Ortiz. Los campos que se abren para la participación de la Iglesia desde esta perspectiva son vastos y no deben ser olvidados.

La defensa de la persona humana en toda su dignidad y plenitud, sustentada en los principios de la fe cristiana que la Iglesia predica, mostrada como posibilidad racional al mundo intelectual mediante su sistematización en un corpus filosófico, conduce necesariamente a una primera acción práctica: la promoción de los valores humanos, cívicos y políticos que deben regir la convivencia humana, tercer reto de importancia para la Iglesia en Cuba en este tema. Para esto, se puede identificar la necesidad de atender al menos tres realidades básicas: la dignidad de la vida humana, desde su concepción hasta su muerte natural; la familia y sus desafíos; y, finalmente, la educación en derechos y deberes cívicos y políticos.

La protección de la dignidad de la vida humana está directamente relacionada con el ámbito de la bioética. Desde hace algún tiempo el Centro de Bioética Juan Pablo II de la Arquidiócesis de La Habana ha venido desarrollando un importante trabajo en la promoción de una bioética personalista, de fundamentos cristianos. Los frutos más importantes de esta labor han estado en la propia difusión del pensamiento bioético en el país, la celebración de congresos científicos y la organización de una Maestría en Bioética, en coordinación con la Universidad Católica de San Vicente Mártir, de Valencia, España, que ya cuenta con varias ediciones. Profundizar y aumentar el alcance de este empeño es una tarea primordial.

Sin embargo, la permanencia de otros retos para la promoción de la vida, como la arraigada cultura abortista en la población cubana (que influye incluso en las comunidades eclesiales) y el previsible surgimiento de otros nuevos desafíos con la inevitable apertura del país a las corrientes de pensamiento y las posibilidades tecnológicas más contemporáneas —eutanasia, clonación reproductiva, manipulación de embriones— supone diversificar las acciones a emprender. Una interesante posibilidad estaría en la gestión eclesial de mecanismos para coordinar a los trabajadores de la salud católicos que facilite el intercambio de experiencias e iniciativas y complementen la labor que ya realizan organizaciones como Pro-Vida. Del mismo modo, como la bioética no se reduce al ámbito médico (aunque este sea, en las condiciones cubanas, el más urgente), sería conveniente hacer llegar la voz de la Iglesia a otras áreas, entre ellas las temáticas medioambientales y el fomento de una ecología al servicio integral del ser humano, por sólo mencionar algunos aspectos que se encuentran totalmente inexplorados por la Iglesia en la Isla.

A la familia, sustentada en el matrimonio como unión exclusiva entre un hombre y una mujer, se le presentan importantes desafíos en la realidad cubana. Su defensa, por tanto, necesariamente constituye un reto para la Iglesia. Más allá de la importante labor que desempeñan actualmente organizaciones como el Movimiento Familiar Cristiano (y su publicación *Amor y Vida*), en el terreno de la cultura sería importante un aporte de la Iglesia en los estudios de familia y política familiar que se realizan en el país. Para poder participar en el diálogo con los centros académicos promotores de opinión especializada en este tema —muchos de los cuales llevan la iniciativa en el intento de redefinición conceptual de la familia según la ideología de género— se necesitaría una sistematización de la propuesta familiar cristiana. Un grupo de estudios sobre la familia de gestión eclesial, que integre los resultados actuales de la psicología, la sociología y otras ramas del saber con los presupuestos de la antropología cristiana, podría encauzar una importante labor de frontera. Como se ha realizado en el campo de la bioética, una institución de este tipo podría organizar espacios amplios de discusión que pueden tener una influencia relevante en la toma de decisiones.

Por último, contribuir a la educación en derechos y deberes cívicos y políticos es un aspecto de particular importancia en las condiciones cubanas. Éste es sin duda un reto de gran complejidad. Participar en un diálogo sobre un tema tan instrumentalizado por las pugnas ideológicas, ofrecer un civismo de acuerdo a la antropología cristiana, inclusivo, de respeto a la persona humana como fin último, requeriría una profunda formación en la Iglesia. Para enfrentar este desafío es necesario en primer lugar establecer bases adecuadas y éstas se encuentran en la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). Urge, por tanto, profundizar y extender el estudio de la DSI y las disciplinas filosóficas, sociológicas y económicas afines que complementan y fundamentan sus presupuestos (en este punto, resulta vital continuar y profundizar iniciativas como los seminarios intensivos para laicos ofrecidos por especialistas europeos y coordinados por el profesor Antonio María Baggio, y lograr su efectiva divulgación). Los destinatarios primeros de tal formación deben ser los laicos, responsables principales de la presencia de la Iglesia en la gestión de los asuntos públicos, aunque por la importancia del tema también el clero tiene el reto de recibir una sólida preparación. Para implementar tal desafío sería de gran utilidad la creación, igual que lo planteado con respecto a la familia, de un grupo estable de estudios sobre la DSI, bajo la coordinación de las comisiones diocesanas de Justicia y Paz. Este grupo, en formación permanente, podría ampliar los lazos existentes con instituciones académicas especializadas en el tema, como el Instituto Mexicano de Doctrina Social de la Iglesia, así como crear otros nuevos. Al mismo tiempo, mediante una red de reproducción intradiocesana de los temas estudiados se podría llegar a un mayor número de personas interesadas.

Un aspecto importante a tener en cuenta es la necesidad de ajustar los contenidos de la DSI a las condiciones nacionales de Cuba, a su historia, su peculiar sistema político, las convicciones del imaginario colectivo en torno a la cosa pública; en otras palabras, es necesario inculturar los principios generales de la DSI —válidos para la Iglesia universal precisamente en tanto son generales—, sistematizar una doctrina social católica cubana. Para lograr esto es imprescindible, en primera instancia, el estudio del Magisterio de la Iglesia en Cuba sobre problemáticas sociales; en segundo lugar, la comprensión de las líneas fundamentales del pensamiento sociopolítico y económico cubano a lo largo de su historia y, por último, la relación que ha existido entre ambos. Esta base histórica

indispensable para entender el presente requeriría adecuados estudios en la Iglesia de su propia historia y de su lugar, a lo largo de ella, en la sociedad cubana.

b) Fomento de la creatividad

Una vez propuestas las bases para una nueva antropología en Cuba, que rescate al ser humano en su totalidad y complejidad, de la instrumentalización de las ideologías, se impone dotarlo de herramientas adecuadas para expresar sus múltiples capacidades, se impone fomentar su capacidad creativa. Éste es el segundo gran reto de la Iglesia en Cuba para contribuir al cultivo de los cubanos.

En primer lugar, la Iglesia puede ofrecer un importante aporte en el área de la creación artístico-literaria. En este punto, la labor de la Iglesia presenta tres posibilidades distintas, la primera, de promoción del arte y la literatura, la segunda, de propia creación artística desde la Iglesia y, por último, el fomento del diálogo entre la creación cultural y la fe.

En cuanto al primer aspecto, la tarea fundamental está en preservar y extender las acciones que en tal sentido se han venido desarrollando en los últimos tiempos, como patrocinio de concursos de arte, periodismo y literatura, en el que desempeñan un papel esencial las publicaciones católicas. Para el segundo aspecto, es necesario identificar el talento artístico existente en las comunidades cristianas y, facilitar su formación técnica dado que la mayoría de esos talentos es aficionado, con todos los medios disponibles para permitir su participación en actividades culturales que trasciendan el mundo eclesial. Esto implica que el arte realizado en la Iglesia no se limite únicamente al servicio de la pastoral y la liturgia, aunque el cuidado de la música litúrgica y su continuo perfeccionamiento son imprescindibles. Es en el tercer punto donde están los mayores desafíos porque se trata de profundizar en los estudios de estética y de caracterización del arte contemporáneo que faciliten el diálogo con la comunidad artística nacional, especialmente en cuanto a sus contenidos éticos. Una posibilidad estaría en la creación de espacios de discusión de estos temas, donde el arte cristiano pueda escuchar y ser escuchado.

Por otra parte, las publicaciones diocesanas son otra importante contribución que la Iglesia ofrece al desarrollo del pensamiento creativo en el país. El reto para el futuro está en ampliar la diversidad y calidad de estas publicaciones, y, sobre todo, convertirlas en auténticos espacios de debate, promotores del diálogo basado en la inclusión, la aceptación de las opiniones diferentes sobre la base del respeto a la persona. Teniendo en cuenta la necesidad de convocatoria que deben desarrollar, sería conveniente estudiar la posibilidad de inscribir las mismas en el registro nacional de publicaciones seriadas, lo que permitiría salir de la situación de "clandestinidad tolerada" en la que se encuentran y abrirle las puertas a potenciales colaboradores, que en este momento se abstienen de publicar en ellas por la situación irregular en que se hallan. Del mismo modo, representa un reto para el futuro la inserción en el vertiginoso mundo de las nuevas tecnologías audiovisuales, y en Internet.

El aporte educativo de la Iglesia, del cual se hablará más adelante en otra faceta del asunto, constituye un factor muy importante en la formación de la inteligencia creadora. Muy limitada en estos momentos por la imposibilidad de participar en el sistema educacional del país, aún en estas condiciones la labor que se realiza en las parroquias y comunidades eclesiales, y la desarrollada por institutos y congregaciones religiosas tiene el reto de promover auténticos valores humanos que capaciten a las nuevas generaciones para el libre ejercicio de sus facultades. Por otra parte, no debe excluirse la posibilidad en el futuro de un mayor acceso por parte de la Iglesia a la educación, y es necesario preparar las bases con tiempo y cuidado.

La próxima creación del Centro Cultural Católico Félix Varela en las instalaciones del actual Seminario San Carlos y San Ambrosio, una vez que éste sea trasladado a su nueva sede al este de La Habana, abre numerosas posibilidades de implementar muchas de las ideas que se han expresado hasta ahora.

Proponer el respeto a la dignidad intrínseca de la persona humana como imagen y semejanza de Dios, sustentado en una antropología de fundamento cristiano, liberarla de la instrumentalización ideológica mediante la promoción de auténticos principios rectores para la vida y la organización social y favorecer la autocomprensión de sus muchas potencialidades mediante el fomento de su creatividad, en otras palabras, ayudar al cultivo de lo mejor de cada cubano, es el primer desafío cultural de la Iglesia Católica en Cuba.

II. SEGUNDO DESAFÍO: LA CULTURA COMO CULTIVO DE LO CUBANO.

Una segunda gran dimensión de lo cultural se vincula a aquellas peculiaridades de un conglomerado humano que lo definen, condicionan y lo hacen ser lo que es. La cultura de un pueblo es su sustancia, su esencia, o, en términos del ilustrado alemán Johann Gottfried Herder, la realización de su genio nacional (*Volkgeist*). Con independencia del peligro que ha representado en la historia de la humanidad la exaltación de estos rasgos nacionales, con la correspondiente carga de exclusión, racismo e intolerancia, y sin olvidar la profunda unidad del género humano (la catolicidad es esencial al cristianismo), es posible identificar rasgos típicos y cosmovisiones diferentes entre las distintas sociedades y culturas. Esta alma nacional es también espacio privilegiado para la labor evangelizadora de la Iglesia, como indicaba el papa Juan Pablo II su ya mencionado discurso en la Universidad de La Habana:

"Toda cultura tiene un núcleo íntimo de convicciones religiosas y de valores morales, que constituye como su "alma"; es ahí donde Cristo quiere llegar con la fuerza sanadora de su gracia. La evangelización de la cultura es como una elevación de su "alma religiosa", infundiéndole un dinamismo nuevo y potente, el dinamismo del Espíritu Santo, que la lleva a la máxima actualización de sus potencialidades humanas. En Cristo, toda cultura se siente profundamente respetada, valorada y amada; porque toda cultura está siempre abierta, en lo más auténtico de sí misma, a los tesoros de la Redención". (Ídem)

Cuba, por supuesto, no es una excepción, y es aquí donde comienza el segundo gran desafío cultural para la Iglesia en la Isla: proclamar una palabra de aliento sobre las posibilidades propias de Cuba para alcanzar un mejor futuro de prosperidad y armonía, anunciar que nuestra historia puede ser redimida y, como expresaran los obispos cubanos en su histórico mensaje *El amor todo lo espera*, revitalizar la esperanza en Cuba y en lo cubano. La

metáfora de monseñor Carlos Manuel de Céspedes, Cuba como una casa, es una excelente vía para mostrar el aporte que la Iglesia puede dar en este sentido. Toda casa tiene estructuras engarzadas orgánicamente, diferentes entre sí pero unidas en función de la propia casa; y al mismo tiempo esas estructuras, para su estabilidad, se sostienen sobre cimientos. La Iglesia en Cuba, desde su específico mensaje, tiene el reto de potenciar los lazos de integración entre los distintos componentes de nuestra sociedad y ofrecer fundamentos verdaderamente sólidos para la nación cubana.

En cuanto al primer aspecto, la acción más directa se encuentra en la propia misión evangelizadora de la Iglesia al promover en toda su dimensión la dignidad de todos los cubanos -según se ha visto anteriormente- base de toda integración. Desde este centro, se pueden irradiar algunas acciones concretas.

El desarrollo del movimiento ecuménico con el resto de las iglesias y comunidades eclesiales presentes en Cuba y dispuestas a ello, camino difícil por las acendradas diferencias, teológicas y de otro tipo, es un compromiso que la Iglesia debe fortalecer. En la misma medida en que los cristianos cubanos sepamos dar ejemplo de fraternidad, no solamente será más creíble el mensaje redentor de Jesucristo en nuestra sociedad, sino también se podrán tomar numerosas acciones conjuntas para ponerlo en práctica. Por otra parte, impulsar el diálogo con representantes de otras religiones, con vistas a encontrar espacios para colaborar sobre la base de compartir la vocación trascendente del ser humano, es otra exigencia ineludible para la Iglesia en un país marcado por religiosidades difusas y sincréticas (la atención al fenómeno de la religiosidad popular requiere una pastoral específica, a mi juicio aún no totalmente perfilada). Un centro de estudios ecuménicos y para el diálogo interreligioso, bajo la coordinación de la respectiva instancia de la Conferencia de Obispos Católicos, podría ampliar los encuentros hoy existentes y que se limitan a la celebración de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Se podría, incluso, pensar en solicitar la presencia en el país de organizaciones eclesiales líderes del movimiento ecuménico y el diálogo interreligioso a nivel mundial como la franciscana Sociedad de la Expiación. El principal impacto social de estas acciones estaría en mostrar la factibilidad del diálogo para la solución de situaciones conflictivas, un testimonio imprescindible.

La atención a la problemática racial desde los presupuestos de la antropología cristiana, es otro aporte posible de la Iglesia. En este punto, se trataría de aportar herramientas para argumentar la falacia de toda forma de discriminación por color de la piel y de anteponer la urgencia de la integración nacional frente a las exclusiones raciales. Esto es particularmente importante frente a las nuevas y peligrosas agendas ideológicas que, sobre la base de justas reclamaciones, intentan crear una fisura no existente en el tejido nacional. Para afrontar este reto con toda libertad, la Iglesia necesitaría profundizar, reconociendo la flaqueza humana, pero segura del valor del arrepentimiento, en su propia relación histórica con el problema racial.

En la contribución a superar la herencia fragmentadora de la ideología, tiene la Iglesia otro importante campo de acción. Este, uno de los más grandes desafíos de toda la sociedad cubana, sólo puede ser enfrentado con una profunda revisión de la historia nacional, que detecte en ella la presencia de principios compartidos entre las líneas fundamentales de la ideología política cubana y abra paso a la posibilidad de un diálogo entre las mismas, que conduzca a la consolidación de una cultura política integrada e inclusiva. Se impone entonces la preocupación de la Iglesia por los estudios de historia nacional mediante la propia investigación, la acogida de encuentros con el mundo académico especializado y la publicación de resultados. Estas ideas podrían generalizarse en la labor educativa de gestión eclesial, tanto la realizable en estos momentos como en las posibilidades que se abran en el futuro, que transmita la existencia de una tradición cívica en Cuba, con una metodología precisa para una organización libre y responsable del orden social.

Por otra parte, es en el aporte de cimientos sólidos para la nación cubana donde la Iglesia tiene el desafío más profundo y acuciante, y lo es porque el alma nacional tiene fundamentos cristianos que deben ser identificados y potenciados. Por la importancia del tema me permito reproducir aquí algunas ideas que he expresado en un reciente artículo publicado en la revista *Espacio Laical*:

Uno de los rasgos más significativos de la historia nacional está precisamente en la comprensión colectiva del sentido histórico de la nación. Resulta interesante cómo la historia cubana ha tenido como ejes centrales unas aspiraciones continuas, unos anhelos latentes, nunca plenamente alcanzados. El presente ha sido constantemente cuestionado por un futuro impreciso, vago, pero que con seguridad debe ser superior. Esta normatividad del destino histórico, esta teleología insular, se sostiene en tres afirmaciones fundamentales.

En primer lugar, se afirma la singularidad de Cuba. La Historia nacional no es un simple resultado de las circunstancias o las eventualidades: avanza por una Razón existencial, por un destino inexorable de origen ignoto, pero presente. Lo cubano existe, pues, para andar por un camino ya trazado. Por otra parte, ese camino conduce necesariamente hacia una realidad superior, porque la razón de Cuba es la redención. La justicia es así el fin último y la esencia misma de la cubanidad. Finalmente, la inexorabilidad del destino cubano, su pretensión de verdad absoluta, condiciona que reclame una aceptación incondicional. Rechazarlo, es rechazar la esencia misma de la nación (...)

A pesar de lo discutible que puedan ser tales afirmaciones queda, en lo profundo de la cultura nacional, un radical optimismo en cuanto a las posibilidades de la historia nacional. Esta esperanza, si trata de no ser víctima de la ideología, si no es instrumentalizada, puede ser un impulso decisivo en la creación de un clima de confianza en las posibilidades propias. (Pestano, A. "Casa Cuba: la posibilidad de una certeza" En *Espacio Laical*, No.3, 2009. pp. 74-81).

El desafío para la Iglesia está en rescatar ese optimismo de la reductiva y excluyente influencia ideológica, llevarlo a sus máximas potencialidades, devolverlo a su savia fecundante original que ha estado en el fondo de esa perenne inconformidad con la Historia en Cuba. La teleología cubana, intuida por nuestros primeros pensadores, defendida por José Martí, retomada por el grupo *Orígenes* y vinculada al misterio convocante del término *revolución* en nuestra historia, sólo puede ser verdaderamente redentora si se fundamenta en la persona, su dignidad y anhelos, y

no en la ideología justificadora del poder y a la opresión, sólo si se erige como principio de un nuevo consenso ético nacional, que, en tanto tal, debe ser por todos aceptado. Para ello es necesario determinar los puntos de interacción entre las diferentes racionalidades, y que constituyen elementos compartidos en principio. Estos elementos tendrán que ser mínimos, con la menor especificidad posible, pero a su vez lo suficientemente generales para poder ser aplicados con flexibilidad. Tales mínimos deben partir de un principio axiomático, base de toda sana racionalidad: el bien integral de la persona humana. Por otra parte, se impone intangibilizar estos principios comunes.

Una vez identificados, los puntos básicos de acuerdo no pueden ser sometidos con ligereza a posterior revisión, según cambien eventualmente las circunstancias que le dieron origen. El consenso necesita pues, para su validación, la reinención de una trascendencia que sea respetada como tal. Por último, es imprescindible asumir el consenso como un imperativo, no sólo en términos éticos, sino también desde una racionalidad instrumental en sentido estricto, como la única vía para la conciliación de los contrarios en la que se mantiene inalterable el respeto por la persona humana y su dignidad. La metodología para implementar los aspectos anteriores tiene su centro en el ejercicio del diálogo como actitud y práctica que permiten conocer lo diferente, lo que de semejante éste tiene, así como las barreras a vencer. Bien sea el diálogo el artífice de la verdad, o sea la verdad algo objetivo que el diálogo está llamado a identificar, resulta clave para el logro de todo consenso.

III. CONCLUSIÓN

Para alcanzar el sueño de Cuba, la Iglesia tiene mucho que ofrecer, pero sobre todo ese tesoro que con humildad lleva en vaso de barro: Cristo mismo, origen y fin de toda la Historia humana. Sólo Él lleva todo lo humano a su plenitud, a su destino último. Anunciarlo, proclamar que -aunque nos cueste creerlo- a su Reino estamos llamados también nosotros, los cubanos; evangelizar, en fin, con oportunidad y sin ella, y pedirle sin cesar que Él, Imagen del Padre, *sea la fuente operante de nuestra posibilidad*; éste es el gran desafío de la Iglesia Católica en Cuba.

Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original